EXEQUIA Y VENENO

monólogo para un vampiro y un músico

Por Daniel Iván

PERSONAJES

(en orden de aparición)

EL MÚSICO

ADRIÁN

ESCENARIO

A la izquierda, en primer plano, un sepulcro con una gran cruz como cabecera; dentro de éste, invisibles al público, los artilugios que irá usando Adrián: una soga para el flagelo, una antorcha, fuego con que encenderla. A la derecha, en segundo plano, los artilugios del músico, organizados como mejor convenga.

—ACTO PRIMERO—

ESCENA 1

IN PRINCIPIUM ERAT VERBUM

La escena está en penumbra. Pasados unos minutos de silencio luego de la tercera llamada, una luz cenital ilumina tenuemente el espacio que ocupan los instrumentos musicales, que se hallan cubiertos por una gran tela negra. Entra EL MÚSICO, caminando lentamente; descubre los instrumentos con movimientos parsimoniosos, y toma asiento frente a ellos. Luego de aprestarse, comienza a tocar una melodía lenta, hipnótica. La luz va menguando hasta desaparecer. Luego de unos segundos, una luz cenital ilumina a ADRIÁN, que se haya depositado sobre el sepulcro, también cubierto por una tela negra. Viste un largo abrigo de terciopelo, pantalones de cuero o acampanados y un gran sombrero de ala ancha, todo negro.

ADRIÁN *(hablando con calma infinita, casi para sí mismo)*

In principium erat verbum. In principium… erat verbum *(tose, de manera angustiosa, como si el orden de ideas le costara un grave malestar).* In… principium… erat… verbum *(alza un poco la cabeza, aunque sin dejar ver su rostro).* El verbo es la acción infinita, el acto de la creación. Y el acto necesita un actor. Pero parece ser que este verbo no se precisaba sino a sí mismo para iniciarlo todo; de tal modo que, en el principio, era el verbo. Eso es un hecho. Hemos salmodiado durante siglos al respecto. Parece incontrovertible *(tose nuevamente).* ¿Pero qué clase de verbo era éste del que se habla? ¿No parece cotidianamente que el principio de la creación es mas bien achacoso, lento, por no decir definitivamente abúlico

y aburrido? El verbo presupone acción. Movimiento, pasión. ¿Y el verbo, ese del principium, ha padecido? ¿Ha sufrido Dios alguna vez una erección?

Oscuro subrepticio. La música se disuelve lentamente.

ESCENA 2

SEPULCRALIS, O EL ENCUENTRO CON LOS MUERTOS

Sobre el oscuro, la música cambia a algo más sombrío, de notas más largas y dolientes. Sobre ésta, se escucha la voz de Adrián, que grita a voz en cuello.

ADRIÁN

¡Adrián, maldito hijo de puta, escóndete, huye, con una mierda! ¡Adrián, hijo, escóndete! ¡Adrián!

La luz general se enciende. Puede verse que Adrián no se ha movido de su emplazamiento y que ríe por lo bajo.

ADRIÁN *(aún sin mostrar el rostro)*

De modo que ahora he de huir. Esconderme, ¿eh? ¿De quién? *(Señalando al público)* ¿De ellos? Por favor. Pero si son inofensivos, míralos. Están cagándose en los calzones, no saben de lo que seremos capaces, no tienen idea de porqué han sido convocados. Ellos, los eternos mirones *(ríe).* No saben hacer nada más que esperar. Defienden sus posiciones, sus asientos privilegiados, y se preguntan para qué. ¿Para qué se enciende esta o aquella luz, para qué se encienden las guerras y los amores, para qué se extinguen las estrellas? Ciertamente debería estar yo más asustado que ellos. Jamás he visto a tantos muertos juntos y mirándome. ¿Y si pretendieran algo más que sólo mirarme? Debería cuidar lo poco que

queda de mí para batallas más urgentes. Y sin embargo… míralos *(alza el rostro).* Parecen ansiosos. Así que, ¿porqué no?

Adrián se pone de pie sobre el sepulcro, y se quita el sombrero ceremoniosamente. El Músico comienza con un nuevo ritmo, música de feria, alegre y lúgubre al mismo tiempo.

ADRIÁN *(al público, con tono y gestos grandilocuentes)*

¡Sean bienvenidos, todos ustedes! No importa si están vivos o yacen muertos y aún no lo saben; vengan a revolcarse en esta muerte y no les importe si no dejan de mí ni la quinta parte del humo, que esa parte ínfima será siempre la que perdure. Perdonen mi anterior descortesía, no estoy acostumbrado a recibir a estas horas; mi horario de visita es extremadamente corto, dura tan sólo el espacio que hay de la noche al alba, cuando las sombras ya no son lo definitivas que debieran ser y la luz aún no define sus contornos. Sólo soy inofensivo en esos breves instantes de imprecisión. Podrán preguntarse por mi nombre, pero, si no lo habían notado, la imprudencia de mi burla ya se los reveló: Adrián. Supongo que ya se habrán dado cuenta de que nací mucho antes que ustedes y de que moriré, por supuesto, mucho después de que cualquiera, el más joven incluso, haya muerto enfermo de años *(baja del sepulcro y lo destapa como un mago que descubre el truco exitoso; luego se acerca al público).* En estos momentos no me es posible sino reconocer como única madre y como único origen este vientre de tinieblas *(señala el sepulcro).* Pero alguna vez, en algún tiempo, nací de madre humana y padre militar —los militares deberían ser considerados inhumanos; lo sé después de haberme indispuesto con ellos, o, mejor dicho, gracias a ellos—; nací, decía, de estos erráticos esperpentos, creo que de manera más bien accidental. Después de todo, ¿quién puede decir que su nacimiento no es un accidente? Cuando alguien abre los ojos al espanto de estar vivo, ¿puede decir que estaba predestinado divinamente

para hacerlo? *(Se acerca a alguna dama del público y extiende su mano hasta rozar ligeramente alguna parte de su piel)* Esta carne hermosa y caliente, ¿es precisa, necesaria? ¿Estos ojos luminosos son más dignos de ver el mundo y sus horrores que cualesquiera otros? Oh, créanme; cuando una soga está recorriendo tu espalda, marcándose endemoniada, dejando cicatrices, humillándote sistemáticamente con su lenguaje burdo y asfixiante, con ese silabeo animal del dolor, cuando ocurre eso te das cuenta de que no hay una buena razón para estar vivo, no hay motivo. Es un accidente, un… par de piernas que se abren —o una sola, si tu madre es coja—, una verga infame que deposita esa semilla de accidente, esa que podría ser cualquiera y que sin embargo no es nadie más que tú. Diríase, con justicia, que no es sino a través del dolor que nos hacemos individuales y únicos; toda la maldita maquinaria de la trascendencia está basada en eso, y no nos servirían ni mártires ni crucificados si no hubieran aullado de dolor, si no hubieran dudado un segundo, gracias a esa paliza brutal que les fue propinada, si no hubieran dudado, decía, acerca del sentido de pasar por todo ello. Pero es también justo decir que es precisamente el dolor el que más nos desdibuja, el que nos arranca más el deseo de no ser, de no estar, de dejarlo de una chingada vez y para siempre. Ese dolor continuo lo era para mí el militar. Ese animal vociferante, esa visión grotesca de gordura y mal aliento a la que tenía que llamar padre. Tú *(mira hacia el cielo)*, tú me has acusado de no respetar esa perfección a la que llamas hombre, esa vida irrepetible, ese milagro; y volteo, y miro con ojos desorbitados ese milagro de fealdad, esa aberración; me pregunto dónde está el milagro, y sin embargo lo sé: el milagro es que, finalmente, en ellos mismos, han sido capaces de conocer la feroz fealdad de Dios. Los hombres, ustedes, son la fealdad de Dios. Seguramente les ha pasado el verse en un espejo después de despertar; ¿han notado lo imbéciles que se ven, lo relajados que están los músculos de sus

jetas, esa salivación excesiva que asoma por los tumefactos labios? Pues bien; cuando Dios se asoma al mundo, la imagen tiene el mismo efecto en él. Es algo esencialmente grotesco, cómico; desolador. Cuando miraba al militar era la misma sensación, desolación; pero no me sentía desolado por saber que compartía la misma naturaleza que ese fiambre. Había una distancia tan nítida entre él y yo, que mi cercanía consanguínea con él apenas me preocupaba. En algún momento de mi educación, cuando me enteré de la genética, realmente me preocupé… ese asunto me condenaba malamente a ser algún día, por alguna circunstancia, como él. Pero el espanto no duró gran cosa; el militar no ganaba muchas guerras, así que se fue haciendo viejo más por derrotas que por tiempo —lo que, si me disculpan decirlo, les pasará a la gran mayoría de ustedes. Y fue ahí, cuando lo vi abotagado de alcohol e inercia, atendido servilmente por mi madre, con esa entrega amorosa con que se obsequia la decadencia entre ustedes, fue ahí que supe que jamás sería como él, jamás llegaría a esos extremos de dejadez. El sentimiento era instintivo; no había nada en mí, a pesar de todas estas elucubraciones, que me distinguiera de él o de los demás seres humanos. O tal vez sí, había una diferencia esencial, una que se fue dibujando con el correr de los años hasta hacerse nítida y definitiva: no me era muy fácil conmoverme. La primera vez que esto se hizo patente fue durante una de esas rabietas de mi padre que, por regla general, acababan en una madriza. El militar comenzó a gritar, a culparme, a decir a gritos lo idiota, patético y débil —la debilidad era para él el más horrible de mis pecados—, lo idiota, patético y débil, decía, que me encontraba. Luego comenzó a blandir en el aire su emblemático cinturón, la única arma, de todas las que dominaba, que tenía un uso digno: aferrarse desesperadamente a su infame estómago. El cinturón cortaba el aire con violencia, cada vez más cerca de mí. Yo estaba en total desventaja; no había un sólo rincón de la casa o del mundo que no le

perteneciera a él, al militar gordo. Pero, a pesar de mi vulnerable condición, en aquella ocasión, por primera vez y para siempre, dejé de preocuparme, dejé de sentir cualquier impulso; no había ocasión ni sentido para salir corriendo, no había remedio para el dolor inminente que me harían sentir sus vulgares golpes. Así que cerré los ojos y esperé; cuando sobrevino el primer embate mi carne se abrió, íntegra, y se revolcó en el dolor. Los golpes que siguieron apenas fueron sentidos. No hubo gritos, no hubo llanto. En mi silencio había algo de burla y un odio impostergable: ese maldito estaba llamado a pagármelas todas, tarde o temprano. De pronto mi padre se convirtió para mí en la humanidad entera, todos los hombres me eran odiosos y su cercanía me repugnaba; incluso la más dulce de sus palabras tenía el mismo efecto que esa correa de cuero que se estrellaba contra mi piel. Cuando los golpes cesaron abrí los ojos, aún repletos de ese odio primario y tajante. Pero lo que vi… qué triste puede ser un militar cuando no tiene un enemigo. Él se había dado cuenta antes que yo. La correa colgaba de su mano, aún alta y presta, pero carente de sentido. ¿Qué caso tiene azotar a alguien que no llora, que no lo lamenta? ¿Qué caso tiene la tortura cuando lo único que conseguimos es silencio donde abría de estallar el grito rabioso y absoluto? Al mirar así al militar, con esa mano dubitativa en el aire, sentí una suerte de ternura, una comunión con su desconcierto. Pero sólo duró un instante. En seguida me dio lástima, tristeza. Y finalmente me quedó el vacío, una carencia total de emociones al respecto. ¿Acaso debía importarme la derrota de mi verdugo cuando acababa de descubrir que no me importaba ni siquiera la mía? Porque yo, a pesar de todo, estaba derrotado: el golpe estaba ahí, los muchos golpes, el poderío de mi padre seguía siendo total y omnímodo. La carne ardía. Está de sobra decir que, a pesar de esta escena extrañísima para mi padre, a pesar de la duda que provocó, esto no le impidió seguir con la cristiana rutina de los golpes. Había algo

que me gustaba de todo ello, sin embargo, además del descubrimiento de lo impertérrito de mi carácter: este nuevo descubrimiento se dio a través de mi madre. Ella era una zorra pueblerina que no tenía más conocimiento que el de su nombre y su vagina y su oficio de despreciable sirvienta del militar gordo. Sería demasiado indulgente si dijera que era débil: no podía ser ni siquiera eso; se parecía más a la puerta de entrada de cualquier lugar: su gran problema era que sólo era útil cuando se quitaba de en medio. Lo más terrible era que yo no podía prescindir de ella, en mi condición de niño apaleado. Hubo días en los que me atreví a creer que su piel era suave y acogedora, que sus manos eran remedio para cualquier dolor o infortunio, que sus palabras encerraban toda la sabiduría y que sus actos podían solucionarlo todo. No fue difícil encontrar ocasión para desengañarme de todo esto. Y sin embargo, a pesar de lo infame que me parecía su existencia, ella seguía ahí y seguía siendo imprescindible. Había algo que mi madre no tenía, el único mérito que aún puedo ver en mi padre: a él fui capaz de odiarlo, a ella sólo he podido olvidarla. He rescatado esto del olvido: Mi padre golpeándome, marcándome, y ella atisbando temerosa a través de innumerables resquicios que ella se había construido como refugios. ¿Porqué ella podía esconderse mejor que yo, porque ella a veces podía huir cuando yo jamás lo lograba? Mi padre golpeándome, dejándome exhausto de odio, indiferencia. Ella finalmente acudía a mí, cuando el militar indigesto me dejaba por la paz; y entonces ella lloraba silenciosamente a mi lado, dejando que su culpa se desbordara por los ojos, pidiéndome perdón y sintiendo lástima por mí a través de ese lloriqueo púdico y apagado. Era eso. Ella no lloraba a gritos, no odiaba a gritos, tal vez ni siquiera odiaba en absoluto; y eso la hacía una perfecta sobreviviente —anónima, invisible, cobarde de antemano—, y permitía que los embates de la furia fueran contra ella las menos de las veces. Yo era demasiado ruidoso, ruin; el odio a veces se esca-

paba de mis ojos y entonces los hombres podían comenzar a odiarme, a pisotearme, según ellos justificadamente. No hay nada más tentador que un enemigo propicio. Y yo lo era, lo era por mi propia disposición a sentirlo todo. Porque la indiferencia que me provocaban y aún me provocan los demás, ustedes, no significa que no me interese sentirlo todo, verlo todo, que todo deje cicatrices en mi cuerpo y en mi vida… *(pausa larga)*; quiero decir, en esta parodia a la que llamo vida por falta de un nombre mejor. Sentir, sentir *(se acerca a alguien en el público y toma una de sus manos)*; qué afortunada es esta mano al poderse depositar sobre la piel que ama o que desea, qué afortunada es al no destruir todo lo que toca, qué afortunada es al poderse limitar al tacto, al sudor, al sexo, a la caricia amorosa. ¿Qué más puede pedir una mano que ese destino simple y hermoso?… Mis manos… mis manos en aquel entonces eran así, simples; y no había nada que pudiera ser mejor que sentir. En especial cuando esos extraños, mis padres, no parecían sentir gran cosa. Era ya, desde entonces, el más vivo de los muertos. Pero el descubrimiento… oh, claro; el descubrimiento fue fundamental: pude despreciar, por primera vez, la compasión; y la desprecié en ese ser que estaba destinado a ser para mí la compasión rediviva: mi madre. La desprecié porque la pretendía para mí cuando no podía tenerla ni siquiera para ella. La desprecié porque me di cuenta de que es ahí donde ustedes, los vivos, cometen el peor de sus engaños. Porque no hay nada más ruin que perdonar la vida; sentirnos parte del dolor del otro. Sentir, sentir. ¿Cuántos de ustedes recuerdan vívidamente su primer orgasmo, la primera vez que se hundieron en la carne de su amante, la primera vez que pusieron la boca en una deliciosa entrepierna, la primera vez que vieron una revista porno y tuvieron el deseo imperioso de usar la mano para toqueteos impúdicos y lúbricos?… No lo recuerdan. No me extraña. ¿Cómo pueden aspirar a sentir o comprender el dolor de otros, si no son capaces de sentir,

realmente sentir, su placer? Cuando me acerco a un tenue niño acostado en su lecho ingenuo, y deposito mis labios y mis caninos exaltados en la primera parte descubierta —lo del cuello, créanme, es una chocante sutileza literaria, planeada para humedecer a niñas ociosas—, y los deposito, decía, en esa carne acogedora, perfumada… entonces y sólo entonces, soy aún capaz de sentir. Y jamás podría olvidarlo. Podría hacerles el retrato de cada poro de esa piel, el mapa exacto de cada instante de esa muerte. Aunque, claro, no lo disfrutarían a mi nivel. Su pueril tendencia a juzgarlo todo les haría sentir compasión por esa infeliz criatura. Yo, sinceramente, sólo puedo sentirme agradecido. Agradecido como lo estoy con mi padre, que me enseñó el dolor. Agradecido como lo estoy con mi madre, que me enseñó el asco. ¡Agradece, oh vivo, como agradece Adrián los goces concedidos!

Oscuro momentáneo.

ESCENA 3

LA DANZA DEL FLAGELO

Sobre el oscuro, la música cambia a algo de notas cortas y rápidas, o algo percusivo. Una luz cenital morada y tenue ilumina al músico. Al ritmo de la música, comienzan a oírse golpes secos, apagados. Un seguidor, también de luz morada, ilumina a Adrián. Éste se golpea a sí mismo, en la espalda, con una soga, mientras avanza con pasos lentos a través del escenario, sin dirección ni concierto. Sus movimientos son mecánicos y repetitivos.

ADRIÁN *(alternando las frases con los golpes)*

No soy yo padre. No soy yo. El silencio es un pecado. La arritmia es un pecado. La zalamera indiferencia es un pecado. Ser pequeño en un mundo de grandes. Ser débil en un mundo

de fuertes *(ríe estruendosamente).* No soy yo, padre. Son ustedes quienes han pecado. ¡No pido misericordia para mí, la pido para ustedes! ¡Miserere nobis, miserere nobis! El enemigo es el tiempo. El enemigo es el tiempo, que no redime a los hombres. He yacido junto a ti en espera de los últimos segundos, en espera de los últimos suspiros, en espera de las últimas esperas. ¡Estoy enfermo de esperar! ¡Me matan las antesalas de esta muerte que no llega y que sin embargo me habita impostergable! ¡No soy yo, padre; eres tú! Eres tú quien habita la muerte que me habita. Estas llamas de palidez, esta plenitud de vacío. Estoy pletórico de años y sin embargo no puedo más que mirar pasar el tiempo. Soy el testigo del tiempo. ¡Culpo al tiempo! En él reconozco toda la miseria de los hombres. En él los hombres son obtusos, prescindibles. En él los hombres necesitan ser víctimas y victimarios. ¡No soy yo, padre! ¡Son ustedes! ¡Son ustedes los que han sido derrotados! Yo estoy invicto; no conozco esa derrota. ¡No soy yo quien muere! ¡No soy yo quien muere! *(Adrián ata sus manos con la soga, con movimientos más ágiles y apresurados).* Alguien debe atar a la bestia, alguien debe esconderse esta noche. Alguien va a morir *(de pronto se dirige al público, abalanzándose sobre él amenazadoramente, con las manos atadas por delante).* ¡Ve en mí la mesura, padre! ¡Ve en mí la templanza! ¡Yo no mato como ustedes! ¡Yo mato como Dios: mato porque es lo único que me queda por hacer, luego de haberlo visto todo! ¡No soy yo, padre! ¡No soy yo! ¡Es la muerte, siempre delante de mí, siempre delante de mí! ¡Es la muerte! ¡Es la muerte!

Oscuro subrepticio. La música se sostiene unos instantes, y luego se desvanece.

ESCENA 4

IGNIS FIDELITAS, O DE FRÍO Y FUEGO

Una luz cenital ilumina a Adrián, que ha vuelto a la posición que guardaba al final de la escena 2. Permanece en silencio unos instantes.

ADRIÁN *(pasados unos segundos, reflexivamente)*

Podrán suponer, estúpidamente, que no conozco la pasión, que soy como ese Dios sin erecciones. Les he hablado ya de lo difícil que me resulta conmoverme. Pero, después de todo, ¿son esas muecas insulsas, esos lloriqueos apagados que veo en ustedes cotidianamente, son esas caretas las que mejor representan el sentimiento, el sentido? Cuando lloran, cuando se deshacen plañideros, ¿están involucrándose realmente? ¿No será más bien que las sensaciones les rebasan, que dejan pasar de largo lo substancial, lo elemental, y que no les queda más remedio que arrojarse a los brazos de la pretensión y ponerse a gesticular como simios en brama, lamentando no haber agotado todas las posibilidades del dolor y del placer? En ocasiones me asomo a esos amargos cementerios en los que ustedes encierran los pocos intentos de sensibilidad de los que son capaces; museos, les llaman. Y ahí, a la luz de mis ojos, he visto estos pedazos de mármol que retratan la faz inconmovible de los hombres que ustedes, en su pequeñez, han tenido a bien considerar grandes, fundamentales. Gobernantes, guerreros, patriarcas. ¿Alguien alguna vez se ha preguntado porqué esta tendencia a representar la grandeza de un hombre a través de gestos adustos, inexpresivos, grotescamente fríos y muertos? ¿Porqué no hacer un busto de César desternillándose de la risa? ¿Porqué no un retrato de Jesucristo con el rostro contraído de desesperación por no poder cagar? Permítanme explicarles porqué. El rostro del hombre no es más que un objeto de mentira, y no podemos concebir, a pesar de lo mucho que lo disfrutamos en nuestros pro-

pios casos, no podemos concebir que un gran hombre gesticule. Porque un gran hombre no puede ser grande por otra razón que no sea la de poseer la verdad, la más hermosa o la más terrible, para el caso es lo mismo; no puede haber un gran hombre que no crea en lo que dice, aunque sea en sus mentiras. Un buen mentiroso practica su arte sin hacer uso de su rostro; el más mínimo gesto puede ser delator, créanme. Y hay algo más; al ser la jeta el más infalible medio de comunicación, nos imaginamos que un gran hombre gesticulante nos habría comunicado, aún a su pesar, su grandeza, sus convicciones, sus motivos. Y eso es incongruente; a pesar de todos los grandes hombres que han cruzado la noche del mundo, el hombre carece de conocimientos. Nadie sabe nada. Si alguien, alguna vez, comparte su pensamiento con ustedes, desconfíen de él; ese alguien no es un gran hombre. Y eso me incluye. *(Pausa)* Además, ¿para qué dejar que los demás se enteren de que sentimos? Eso es vulgar, eso puede hacerlo cualquiera. Cuando el rostro no dice nada es cuando se puede estar seguro de que el dueño de esa jeta está sintiéndolo todo, a un tiempo. No hay sentimiento más puro, nítido y total que la frialdad, la indiferencia. Uno no puede darse el lujo de no sentir nada sino hasta que lo ha sentido todo. *(El músico se ilumina. Entra la música; nostálgica y grandilocuente)* Yo lo sentí todo, alguna vez. En un instante, hace muchas jornadas. Fue en el silencio y en la visión de una mujer; la más apagada de las hijas de Eva. ¿Cómo explicar el arrebato furibundo que me provocó su tristeza, su cuerpo álgido y tenue, casi cadavérico, la pintura exagerada en el rostro, con pretensiones de vida donde no quedaba más que muerte en espera? La calleja se cernía sobre ella como una mortaja, y no la hacía para mí sino más hermosa y deseable. Era tan humana; no como lo son ustedes, con sus rutinas de exquisitez y miseria, con sus pretensiones asfixiantes de plenitud; lo que en ustedes no es sino aspiración siempre frustrada, en ella era un impulso casi instintivo y

siempre cumplido. La observé durante largas noches, mientras ejercía el tan noble oficio de calentar hombres con el frío de su alma. A veces me preguntaba como era que ninguno de esos pobres diablos se daba cuenta de que se estaba acostando con un cadáver milagrosamente animado. En esto, claro, no se diferenciaba en mucho de ustedes; pero, afortunadamente, el frío mortuorio de su alma jamás se disfrazó del rubicundo impulso de la gesticulación, como el de ustedes. Ella parecía dejar escapar la muerte sin tapujo; su sinceridad, en todo caso, era siniestra y conmovedora y no aspiraba a ninguna sublimación abaratada. Cada noche mi observación se iba haciendo más cercana; de alguna manera buscaba involucrarme en su vida, en sus quehaceres, aunque fuera desde un punto de vista meramente apreciativo. No me interesaban de ella ni los problemas ni las necesidades, sino sólo esa parte de su vida, ese taloneo furibundo de las noches, cuando la tristeza se hacía acción, cuando la tristeza se hacía ella misma. Sinceramente, cualquier otra cosa que ocurriera con ella era irrelevante. No iba a observarla para compadecerla por su tragedia; su tragedia me era incluso entrañable, deseada, pero sólo porque era lo que la impulsaba a estar ahí, en esa situación extrema que me permitía contemplarla. Cierta noche me presenté frente a ella y le dije: En nombre de Dios, fornícame. *(Pausa)* La piel era tan gélida como lo había imaginado; el amor estaba ahí, en ese deshielo apenas insinuado, y lo acepté como tal. Por vez primera sentí la necesidad imperiosa de herir, de azotar, de morder la carne hasta lograr un poco de sangre y bastante semen —permítanme aclarar algo para todas aquellas niñas que quieran ensayar las artes del vampiro aún en vida: el semen, por si no lo sabían, tiene la misma constitución que la sangre, así que si no soportan que sus insípidos hombres se derramen en su boca, poco hay que hacer al respecto, y pueden de una buena vez cambiar de vocación—; lograba semen, decía, y gritos de ella cuando jalaba su cabello y golpeaba su

espalda, gritos espantados y temerosos. Había mucho de humillación en su forma de amar y mucho de odio en la mía. Era una revancha, una revancha por todo el amor que el mundo me había negado, la primer venganza salida de mis manos. Era como saber, como tocar, como embriagarme por primera vez del dolor ajeno. No era la lejanía de la compasión sino la cercanía inefable del verdugo. No había en mí nada que me moviera a la consideración; ella era el flagelo absoluto, yo había visto cómo noche tras noche y cama tras cama su cuerpo se había entregado a los placeres más obtusos y simplones, y podía verla ahora sumergida en el terror y la incertidumbre, gozando de sus deleites. Descubrí que no hay mejor belleza que la belleza pasmada, la belleza espantada a muerte. Derramé en ella, además de toda mi urgencia, toda la furia de la que era capaz. Y cuando terminó, cuando nuestros cuerpos laxos se acurrucaron en aquella cama tan pletórica de crimen y violencia, ocurrió algo inimaginable: ella se entregó a mi abrazo sin dudar ni un segundo. ¡Lo había encontrado placentero! ¡Ella también! Cualquier otra mujer hubiera salido corriendo de aquella habitación, gritando injurias y amenazándome con patéticas venganzas. Pero no ella. Ella era de otra estirpe, tan lejana a las pocas mujeres borrosas que me había topado en el camino como lejana está la verdadera vida de la muerte que ustedes malviven. Ella compartía conmigo la urgencia por sentirlo todo; no había en su mente ningún juicio moral que pudiera obligarla a encontrar anómalo algo tan puro y generoso. Huelga decir que a partir de aquella noche le acogí en la casa paterna, que había caído en mis manos luego de que los majaderos viejos sabiamente se murieron; su presencia era silenciosa, sutil; apenas hablaba, apenas me miraba. No parecía interesada en intervenir en mi vida como no fuera para que yo la vejara sistemáticamente en el sexo; lo que, claro, me complacía enormemente. Aún salía por las noches a ejercer su oficio, y jamás cometí la vulgaridad de encontrarlo conflic-

tivo para con mi hombría o mi amor por ella. Porque la amaba, estimados cadáveres, la amaba como jamás pude imaginar amar a nadie, mucho menos a un ser humano. Me era tan cara su silenciosa compañía, me era tan fundamental arrancarle gritos a su voz melodiosa y marcas a su piel de invierno. *(Pausa)* En todo caso, eso no era lo importante; compartíamos todo lo bueno que teníamos, no nuestros insípidos problemas o nuestras alegrías ficticias, sino únicamente aquello que nos producía placer. Y no hay otra cosa, en todo el jodido mundo, que pueda soportar el peso del amor. El placer es lo único que nos vuelve sinceros; no hay otro momento en el que podamos ser más egoístas, no hay momento en el que puedan escapar más incoherencias y balbuceos de nuestra boca, no hay otro instante en el que podamos ser más reales que en ese. Nos bastaba. *(Pausa)* Nos bastó, hasta que sobrevino el error… el terror. ¿Alguna vez les ha ocurrido traicionar lo que más les es imprescindible, vender por una baratija lo más valioso que poseen en sus miserables vidas? ¿No es esa traición la más básica, la más cotidiana? Alguna vez nos declaramos puros sacerdotes de algún rito mesiánico, intocables por la lujuria; y más pronto que tarde yacemos con alguna bella e impertinente beata o un imberbe doncel que cree ver en nuestros dedos que le exploran el llamado de Dios para alguna misión descabellada. Alguna vez nos declaramos fieles esposos, esposas devotas; y una vez declarada la promesa comenzamos a buscar carne nueva en la que expiar esa injuria cometida contra nuestro instinto. ¿Qué será lo que dificulta el permanecer fiel a lo fundamental? Tal vez que, algunos, somos demasiado abundantes en lo que damos, y que nos parece que un sólo objeto amado no nos es suficiente. O, incluso, podría ser que la fidelidad no existe, que es un mal invento; que la devoción, necesariamente, depende de la fe, y los hombres, a pesar de todos nuestros intentos, no somos capaces de creer en gran cosa. De cualquier modo, lo que ocurrió en mi caso fue un simple y terrible

error. Mujeres, copas, noches inacabables; una vulgaridad. El amor en mi caso dejaba más marcas visibles en el rostro y el cuerpo, porque algunas mujeres aún intentaban defenderse de mí; infructuosamente, debo añadir. Así que, en muchas ocasiones, la silenciosa mujer que era mi amor se encontró con huellas del paso de otros ejércitos que no eran los suyos. Debo decir a su favor que lo soportó estoicamente durante mucho tiempo; y a mi favor debo agregar que lo encontraba divertido y complementario a nuestra rutina, tan pródiga en martirios. No comprendí que ese flagelo era el único que no resultaba placentero para ella; y no lo era sino porque ese acto, esa serie de actos, traicionaba todo lo que de sublime podían tener nuestros encuentros. Me había permitido caer en lo vulgar, poniendo mi furia en manos de seres imbéciles que no podían comprenderla, mucho menos compartirla. Finalmente… finalmente se sintió reducida, ofendida, de alguna manera. Cualquiera hubiera esperado una retirada silenciosa en una mujer que parecía tener el silencio como forma de vida. *(Pausa)* Pero lo que ocurrió… lo que ocurrió *(Adrián se pasea nervioso y dubitativo por escena).* ¡Era fuego lo que ardía en ella, era fuego ese frío, una llamarada en espera de un motivo suficiente! Desperté envuelto en llamas, y en la confusión apenas acerté a correr hacia el ventanal que me salvaría la vida. Por un momento ni siquiera me preocupé por observar el bulto negro que danzaba en un rincón de la habitación; pero el reflejo enloquecido de los cristales me ofreció la hórrida imagen de mi amor envuelto en los ardores de su partida. ¡Adiós, bola de fuego! ¡Fuego!

Oscuro subrepticio. La música cambia abruptamente.

ESCENA 5

LA DANZA DEL FUEGO

Entran percusiones, ritmo a la vez místico y marcadamente danzístico. Adrián enciende una antorcha, que ilumina parcialmente su persona y el escenario. Luego, comienza una intrincada danza de saltos, recorriendo toda la escena, primitiva hasta donde sea posible; sus movimientos serán nuevamente entrecortados, pero ahora carentes de cualquier refinamiento. Luego de algunos minutos, se para abruptamente a mitad del escenario y habla, con voz doliente.

ADRIÁN *(extendiendo una mano hacia el público, mientras la otra sostiene en alto la antorcha)*

¡Fuego, fuego! *(Aúlla)* ¡Qué intento tan refinado! ¡Qué muerte tan elegante! *(Aúlla)* Estrellas fugaces que nos buscan para hacernos cenizas. Hay un enemigo en el tiempo y hay un enemigo en el fuego. *(Aúlla, y comienza de nueva cuenta su danza, sin dejar de hablar)* ¡Nadie está a salvo del fuego! ¡Su hambre es insaciable y su impulso imparable! ¡El fuego es conquista de los hombres para su propia extinción! ¡Ustedes van a ser extinguidos por fuego! ¡Nosotros seremos extinguidos por fuego! ¡Extintos por el alma del mundo! ¡Extintos sin dejar más que la cuarta parte del humo! ¡No se preocupen: esa parte ínfima será siempre la que perdure! *(Aúlla y continúa danzando; sus aullidos ahora parecen complementar la música, como una parte vocal. Mientras tanto, vuelve la luz a escena, roja, de un rojo encendido; rojo fuego, rojo sangre. Pasados unos minutos, Adrián se acerca al público, aún excitado y con la antorcha encendida. Las percusiones son sustituidas por música de guitarra, con ciertos toques de danza renacentista)* ¡Así que podemos decir que mi bautizo fue de fuego, no de sangre, no de agua, sino del más puro y mortal ardor! Inusual bau-

tizo para alguien de mi especie; bautizo que ponía en entredicho la naturaleza que adquiriría apenas unas horas después. Porque luego de arrojarme sobre los cristales y caer en medio de un estrépito inimaginable, corrí como un endemoniado, alejándome de ese lugar que me había visto crecer hasta ese punto terminal, en el que había visto arder lo único en el mundo que me era preciado. No había en mí ningún sentimiento claro; todos los pensamientos, todos los que mi cabeza sátira era capaz de elucubrar, todos danzaban sin sentido en mi interior como si aquel absurdo ígneo los hubiera liberado a un tiempo. Puedo decir, sin embargo, que me es claro que no había en mí el más mínimo asomo de tristeza, alarma, pérdida. No; había encontrado algo, algo se agitaba en mí, tan real como mi deseo de huir de aquel sitio. Ya no quedaba nada en pie de mi vida anterior, a no ser la indiferencia que me provocaban ustedes, los humanos, y la urgencia por descubrir mi verdadera naturaleza. Y esa naturaleza se agitaba en mí, sobre mí, como una ramera rabiosa en espera de su paga. Y la paga llegó; llegó sin tardanza, en el mejor momento. La paga… la paga. *(Pausa larga, en la que Adrián escruta detenidamente los rostros de los espectadores, y alza la nariz como si apreciara sus humores)* Por cierto, ciertos deberes para conmigo me esperan en algún lugar, cerca de aquí. Prometo no dilatar demasiado. Debo… visitar a cierto infante afortunado que, hoy por hoy, es a quien dispenso con mi devoción. Los dejo solos para que puedan disfrutar la compasión que sin duda están sintiendo por él *(ríe)*. Les prometo regresar para que disfruten junto a mí el alba, y mi indefensión.

Adrián escruta aún el aire, en busca del rastro de su presa. Mientras tanto, la luz se desvanece. Adrián y la antorcha se van alejando lentamente hasta perderse tras bambalinas. La música de guitarra se va haciendo paulatinamente más lenta, hasta que desaparece.

FIN DEL PRIMER ACTO.

—ACTO SEGUNDO—

ESCENA 1

MORBUS ANGELICORUM, O LA ENFERMEDAD DE LA SALUD INFINITA

Entra música sobre el oscuro; notas largas, funerarias. El escenario se ilumina. Adrián está sentado en la orilla del sepulcro; tiene en las manos un pequeño muñeco de peluche, con el que juguetea durante algunos instantes. Luego alza el rostro; su boca está inciertamente coloreada de rojo, sugiriendo que ya se ha alimentado. Su ánimo parece más sosegado. Se pone de pie y permanece estático unos segundos, observando al público.

ADRIÁN *(mostrando el muñeco)*

Me he tomado la… libertad, llamémosla así, de traerles un obsequio *(arroja el muñeco hacia proscenio. Luego continúa observándoles atentamente).* ¿Qué pasa? ¿Lo encuentran demasiado majadero? Bueno, en prevención de esta reacción desconsiderada les he traído un segundo obsequio *(saca de la bolsa de su abrigo una bolsa de plástico, de la que extrae un par de vísceras que arroja también).* Resulta que mi nuevo amor estaba algo indispuesto, algo… desgastado por mis visitas, así que decidí que nuestro romance no podía continuar. Fue la noche terminal para un afortunado infante más. *(Muestra con saña sus dientes, y ríe burlón)* Pueden ponerse a llorar, si lo desean. Aunque, permítanme preguntarles algo: ¿qué amor más generoso puede haber que aquel que mata al objeto o sujeto amado en virtud únicamente de su bienestar? Generalmente esa parodia que ustedes llaman amor se convierte en prisiones más o menos coloridas —eso es cuestión de suerte—; el amor no es para ustedes sino posesión, pero una posesión más bien ramplona y sin sentido. Creen po-

seer, cuando eso que poseen se halla, en realidad, más lejos de ustedes cada vez. No hay peor enemigo de la virtud del amor que esa pretensión adormilada. Nada hace más deseado al amante por el objeto amado que cierto grado de lejanía, cierta indiferencia, cierto desenfado; y, en casos más extremos, una preferencia decidida por la tortura deliberada. Eso las damas deben saberlo muy bien, así que lo digo más para todos aquellos caballeros insulsos que no sabían esta infalible estrategia. ¿Alguno de ustedes se ha preguntado porqué cristo no reprochó a sus verdugos la violencia de su muerte, sino a su padre? ¡Padre, padre, porqué me has abandonado! Cualquier beata sabelotodo dirá que fue por su inefable amor al padre; pero yo creo más bien que fue para provocar a los hombres, para sugerir indiferencia, para que ellos, a partir de ese día, le buscaran como a un objeto masturbatorio de inciertos resultados. Debo añadir que la estrategia de revista femenina le resultó bastante bien, hasta hace algún tiempo. Ahora sus bonos andan más bien bajos, por no decir de plano que sus empresas están casi en quiebra. Pero, siguiendo el ejemplo, ¿quién pudo haber amado más a cristo que sus verdugos? ¿Quién le hizo más bien que ellos? Sin esa muerte plañidera de la que se vio objeto, o sujeto, según se quiera ver, sin esa muerte, decía, él no hubiera pasado de ser un agitador menor con ciertos arrebatos del más fino sentido del humor mesiánico. Pero alguien lo amó hasta el extremo de matarlo, y he aquí que él amó hasta el extremo, no de morir por sus amigos, como nos han hecho creer, sino de aceptar gustoso esa muerte. El dulce niño que murió hoy por mí no sabía muy bien porqué estaba muriendo, aunque algunas veces alcanzó a verme y llegó incluso a acusarme públicamente. Huelga decir que la insípida incredulidad de sus padres me favoreció, una vez más. ¿Porqué les es a ustedes tan difícil concebir el mal, cuando no hay nada más mezquino que su cotidianidad? ¿Será que la noción del mal en ustedes es tan extremosamente vulgar y simple

que no les permite aceptar los refinamientos mórbidos de una condición como la mía? Debería serles entrañable, distinguidos colegas, porque no hay nada en mí que no sea la representación de sus más secretos anhelos y sus más incumplidas esperanzas. Vean en mí, oh vivos, todo lo que de perfecto puede haber en un hombre alguna vez. No digo "en el hombre", porque yo, como los ángeles, no formo parte de ninguna especie que no sea la mía. Alguna vez me llamé hombre y permití que se me viera hombre. Pero cuando trascendí la lucha contra el tiempo, entonces dejé de serlo de inmediato. Dejé de ser cualquier cosa y me convertí en un enfermo. Enfermo de perfección, enfermo de no ser testigo del tiempo. Vean en su piel el paso de los años y ámenlo como la principal prueba de que debajo del frío cascarón de sus cuerpos hay alguien vivo. Sólo alguien muy imbécil podría añorar que su cuerpo no tuviera ese deterioro exquisito que garantiza el ataque de lo humano, de lo real, en sus vidas. Yo estoy al margen del tiempo, fuera de la historia; no sufro enfermedades sino cuando lo deseo *(tose exageradamente)*, mi piel está incólume y sana hasta lo indecible, soy hermoso no en los términos ramplones y vacuos de su concepto de hermosura sino en cuanto carezco de defectos y de miedos. Jamás podré llamarme Adrián el hombre, ni siquiera Adrián el vampiro —después de todo, vampiro es como me llamarían ustedes si tuvieran oportunidad; yo jamás usaría un término tan equívoco—; estoy condenado a ser solamente Adrián. Estoy sólo porque no puedo ser yo y a la vez mi especie. Carezco de tiempo y carezco de testigos porque no hay nadie en el mundo que pueda considerarse mi igual. Soy único en el universo. *(Se abalanza conmovido sobre el público)* ¡Vean en mí colmados sus deseos de egoísmo! ¡Deberían adorarme como a un dios! ¡Soy todo lo que ustedes intentan ser! *(Pausa)* Aunque debo añadir que, dada su condición de cadáveres en avanzado estado de putrefacción, cualquier esfuerzo de su parte por alcanzar los niveles

que yo gozo no pasará de ser una desafortunada caricatura. Cuando aman intentan saciar su hambre eversiva, esa necesidad que tienen de saborear hasta el último resquicio del alma de otra persona, pero siempre terminan perdonando, omitiendo flagelos, siendo generosos. Cuando odian se limitan a arañar y morder el resentimiento, sin saber que no hay mayor consuelo que sacudir al enemigo hasta dejarle medio muerto, hasta dejarle apenas voluntad suficiente para un último deseo: alejarse lo más rápido que pueda de nosotros. Sin embargo, no crean que sólo estos motivos pueden moverles para aceptar el destino sublime al que, quiéranlo o no, están llamados. Hay otras… necesidades, otros impulsos más primarios que el amor y el odio, más inmediatos. El deseo. ¿Alguna vez han intentado realmente satisfacerse, hartarse hasta rozar los límites del vómito? Porque, si somos sinceros, el amor o el odio sólo se justifican, se hacen reales, si los llevamos al límite, a la satisfacción. Todo se hace verdadero únicamente cuando lo convertimos en placer. De tal modo que el niño, la multitud de amores que me han cobijado, no han muerto por mi odio o por mi amor, sino por mi placer. En realidad sería muy fácil perdonarles la vida, dejarlos intactos, permitir que continúen con sólo el recuerdo de ciertas pesadillas que les provocaron una anemia casi fulminante; sería incluso beneficioso, tal vez, para mi vida eterna *(ríe)*. Pero, ¿para qué preocuparme por una hipotética vida eterna cuando mi vida lo es, sin más? Cuando ustedes miran caer una hoja de un árbol, impulsada por el embiste del otoño, aún pueden encontrarlo conmovedor, porque en realidad, si hacen cuentas, el número de veces que les está permitido verlo es majaderamente limitado. Si alguna vez levantan el cuchillo contra alguien y le arrebatan la descorazonada vida, en realidad pueden estar seguros de que sus posibilidades como asesinos son en extremo limitadas; ni el mejor de sus orates podría evitar cierto grado de espanto o agitación ante tal acto, porque no importa cuánto se esfuerce, sólo podrá

llevarlo a cabo un número limitado de veces, nunca lo suficiente como para encontrarlo rutinario y finalmente aburrido. Se le cansará la mano, se le caerá el pelo, el cuchillo perderá filo, los ojos dejarán de ser precisos y cazadores, las piernas cederán al cansancio durante la huida. El mal, tanto como el bien, tiende inevitablemente a la decadencia. Sólo es posible evitar el ataque de la moral cuando el acto, sea el que sea, es memorizado, analizado hasta en su más mínimo detalle, sopesado no bajo la óptica reseca de la ética sino en virtud de sus propias posibilidades, de su belleza, de su equilibrio, de su valor. Cuando estamos, por cualquier circunstancia, obligados a repetir un crimen durante una inacabable cantidad de años, días, segundos, entonces deja de importar. Podemos hacerlo sosegadamente, disfrutarlo, poetizar al respecto. Y el dilema moral desaparece. ¿Alguien es capaz de ver un dilema moral en el hecho, por ejemplo, de la defecación? Estamos acostumbrados a sentir los intestinos constreñidos, a caminar con cierto desasosiego al cagadero y a aventar sin mayores dilaciones el motivo de tan vulgares correrías. Alguien podría argumentar que el dar muerte a otro ser humano no es un acto tan primordialmente instintivo como el de cagar; pero yo le diría a ese alguien que el demorar la ira es tan antinatural y a larga tan malo para la salud como retener la mierda. La mierda es el enemigo y el enemigo es la mierda; no hay motivo para tolerar ni lo uno ni lo otro. De cualquier manera, ustedes, los vivos, no son enemigos míos, ni siquiera a ese nivel podrían aspirar. Están degradados a la hórrida circunstancia de la presa; o, más bien, a la circunstancia de la bestia rumiante en el matadero, que avanza en fila a su final en medio de la ignorancia o la resignación. Una presa sería divertido todavía, tendría las delicias de la cacería, la persecución, la posibilidad de cometer un error y finalmente dejar que la víctima salve la vida. Pero ustedes, oh; rara vez ofrecen resistencia, algunas patadas sin fuerza, algunos gemidos apagados, gritos los más ani-

mosos, ah, ah, intentos estériles por salvar una vida que en realidad no les importa salvar. Lo más interesante es que, cuando la muerte alcanza con sus lazos nupciales a alguien que les es caro, fundamental, entonces sí braman, lloran, se desgarran en dolores y quisieran tener poderes de nazareno para burlar a la ramera fría y devolver la vida a sus amados. ¿Porqué les es tan importante la vida ajena? ¿La de sus hijos, hermanos, padres? ¿Será que sólo existen porque son vistos por otros, atestiguados por otros? Tal vez en esos otros se resuelvan esperanzas que en su propia vida ni remotamente esperan ver colmadas, porque se miran a ustedes mismos como el último resquicio de la pequeñez y la miseria. ¿Quién puede conocer mejor el oficio de las lágrimas, de la plañidera, que una madre sin su hijo, que una tumba sin sus cadáveres?

ESCENA 2

LA DANZA DE LA LACRIMOSA

La luz se va haciendo más oscura hasta tomar un tono violáceo y doliente. Adrián aparece cubierto por el largo paño que ocultaba el sepulcro al inicio de la obra, a manera de velo luctuoso. La música es extremadamente lenta, con ciertas reminiscencias de música de réquiem o exequia. Adrián se desplaza de un lado a otro de la escena, con el rostro oculto y las vísceras y el muñeco colgando de las manos.

ADRIÁN *(con voz afectada, no necesariamente afeminada)*

¿Dónde están las esperanzas que arrojó mi vientre henchido? ¿Es esto todo lo que queda de mi niño, vertido en la luz de Dios por los manejos sucios de la oscuridad? *(Lamento largo)* ¡Ay de mí, que sólo doy a luz la miseria de esta muerte! Estuve intacta por largo tiempo,

luego de haberlo saciado con la sangre de mi entraña. ¡Yo lo tuve, a ese pequeño monstruo que me rasgaba el vientre, que se alimentaba de mis energías hasta dejarme impávida y virgen, estéril y pisoteada! *(Lamento)* Lo sentía deslizarse dentro de mí como una serpiente al acecho, sus dientes se encargaban de horadar mi aliento, las pesadillas de mis noches brotaban de esas palabras malditas que se atrevía a pronunciar en su léxico de letargo. ¡Yo fui el conducto de ese trágico milagro, yo alimenté a ese vampiro incontenible! *(Lamento)* Y ahora… ahora… ¡es esto todo lo que queda de mi amor! Ya no verán los días sus cabellos brillar a la luz del futuro, ni mis esperanzas se verán actuadas para mí por ese diminuto actor de carne y virtud. Ha sido asesinado, el demonio le escogió para ser su alimento y su víctima y su oráculo. ¡Devuélveme la vida, que ya muero de nostalgia! ¡Vomita mi amor y déjalo como estaba! *(Adrián se descubre el rostro unos segundos y ríe estentóreamente; luego vuelve a cubrirse)* El demonio se vistió de una enfermedad, de un desgaste; mi niño se agitaba de noche y su sangre volaba hasta el estómago ruin de su verdugo. Los médicos se debatían incrédulos, no daban explicaciones. ¡Pero yo sabía que era él! ¡Podía olerlo en el aire con su humor a seducción y encanto, con sus perfumes de eternidad! ¿Porqué fue mi niño y no otro, otro cualquiera, otro que cumpliera condena en el cielo por sus pecados inenarrables? ¿Porqué mi niño que era todo candor e inocencia? ¿Porqué a mí, que no conocía otro consuelo que el de su mirada hermosa y el de sus pasos tan vivos y plenos? Alguien en la corte divina se ha equivocado, mi niño no era el destinado para estas injurias. *(Lamento)* ¡Exijo venganza para mí y para mi amor, que ha quedado vacío! ¡Devuelve a mi niño, demonio insaciable, vomítalo en mi cara para que yo me asfixie con su muerte! *(Adrián vuelve su rostro hacia el pecho y simula un llanto incontenible; sus brazos se alargan hasta dejar caer el velo al piso, a un tiempo con las vísceras y el muñeco. La música llega a su*

clímax y, lentamente, se resuelve en algo más lento. La luz se va aclarando hasta llegar al punto del que partió al inicio de la escena)

ESCENA 3

SANGUINOLENTUS NATURÆ, O EL BUSCADOR DE LO PERFECTO

Adrián alza el rostro y deja ver su llanto convertido en risa; una risa a la vez burlona y amarga. La música continúa lenta, pero de vez en cuando algunos espasmos prestos la invaden, como anunciando la rapidez que se indicará más adelante.

ADRIÁN *(limpiándose los ojos, pues ha llorado de la risa)*

¡Ay, ay; ustedes disculparán este arrebato! Pero me causan tanta gracia estas rutinas carnavalescas que ustedes llaman sus sentimientos. A veces me da la impresión de que ustedes inventaron este tinglado de emociones sólo para entretener su alma, para no dejar ver su ocio infinito. Si se observan, se darán cuenta de que su emotividad es más bien grotesca y por demás gratuita. Se supone que todos deberíamos vomitar, por ejemplo, ante la vista de un hombre atropellado a mitad de la calle, con el estómago hecho trizas, los intestinos en la mano y la voz en un grito. Se supone que deberíamos sentir horror ante la guerra, las matanzas, la miseria, la injusticia *(ríe)*. Observen a un doctor afilando sus cuchillos y enterrándolos en la panza de una mujer cuyo conducto es inadecuado, y no verán una sola sombra de horror, o de duda; es su oficio, vamos. Observen a sus padres y a sus hijos cuando ven en el televisor las guerras en países lejanos, incluso en países que les son más propios y dolorosos, obsérvenlos y vean la cara de idiotas que ponen; no saben qué sentir, aunque la mayoría ni siquiera tiene la prerrogativa de sentir algo; es su oficio, la indiferencia. Es más

fácil, más honesto según ustedes. Concuerdo en lo de fácil. Cuando descubrimos nuestra vocación de carniceros nos es tan fácil abandonar los refinamientos del sentimiento. Dicen que la inocencia es la ignorancia; pero entonces también el pecado es la ignorancia, la ignorancia del sentimiento, de la pérdida de la inocencia, de la pérdida de la simpatía. Ya no sentimos nada como hombres; todo está supeditado a la individualidad más ramplona, esa individualidad que es tan proclive al error. Pero hay algo realmente admirable en esa situación; no saben hasta qué grado aterrador puede convertirse la voluntad en algo absoluto y poderoso. Hace falta algo determinante, algo definitivo que nos haga deshacernos del velo fatuo de los sentimientos. Hace falta morir un instante, cerrar los ojos durante un segundo a los horrores para aceptar el horror absoluto, y después se puede seguir adelante con la certeza de no sufrir nunca más. ¿Se han dado cuenta de lo hermosos que son los cadáveres, no los cadáveres animados como ustedes, que son más bien desagradables, sino los perfectamente fríos y exangües, lo perfectos que son en su mutismo, en su indiferencia ante todo? La primera vez que me percaté de ello fue viendo a mi padre muerto. ¡Ese cadáver de verdad que era mi padre, ese cuerpo muerto y abotagado era por primera vez real y hermoso como jamás pudo serlo en vida! ¡De ese despojo en serio que me sentía orgulloso! No había en el ni rastro de error o defecto; era todo perfección, todo conocimiento. A él le hizo falta la muerte para llegar a este estado casi beatífico; a ustedes les ocurriría otro tanto, si no se obstinaran tan majaderamente en seguir jugando a la vida. Y a mí… a mí me hizo falta fuego. *(La música se hace paulatinamente más rápida y angustiosa, mientras Adrián continúa)* Llegué apenas alcanzado el medio día a este lugar, este mismo en el que ahora me visitan. Mis ropas apestaban a tizne, a fuego, a humo, a terror. Mi amor helado había sucumbido a su arrebato, y yo estaba solo e intacto como un recién nacido. Me deposité, ex-

tenuado hasta las lágrimas, en una tumba recién cavada, que esperaba su alimento pacientemente. El desconcierto era total; no había en mí una sola parte que no tendiera a algo nuevo, a algo diferente de lo que aquel hombre de nombre Adrián había sido antes. Podía verme a mí mismo como un equívoco ajeno, como una desgracia acontecida a un vecino muy odiado. ¿Qué o quién era aquel dandy pecaminoso que había llevado a una ramera a vivir con él, que había compartido su mundo, o intentado compartirlo, con una prostituta, exquisita y magnánima, eso sí, pero finalmente errática como cualquiera? Intenté averiguarlo, pero ya no había nada en mí de aquel hombre; sólo quedaban imágenes borrosas y lamentos que apenas proferidos se olvidaban. De mi alma brotaba la sed, el ansia de negar todo aquello y estallar como una estrella en el cielo para ser eterno en mi luz aunque muerto en mi verdad. Cerré los ojos, y deje pasar el tiempo, sin saber que sería la última vez que pasaría para mí. *(Pausa. Adrián cierra los ojos, como recordando, y luego continúa)* Los pequeños pasos despertaron al nuevo Adrián, a mí, que era ya no un muerto como ustedes sino un Adrián como ninguno. Alcé la vista; oh, ahí estaba, una tenue niña que visitaba el paraje de los muertos por alguna razón de vivo. Sus manos regordetas y carnosas llevaban flores a alguien sepultado aquí *(señala el piso)* y aquí *(señala su corazón).* Sus ropas eran tenues, vaporosas, frescas como pétalos recién cortados, casi tan hermosas como su piel y ese candor que brotaba de su humanidad impoluta. *(Pausa)* ¿Qué fue lo que me arrojó a sus brazos, qué fue lo que me hizo arrastrar su pobre cuerpo por las piedras hasta el fondo de la fosa? Apetito, colegas; apetito. No soportaba su belleza, su inocencia sexi, su pudor apenas insinuado; no estaba dispuesto a tolerarlo si no era para mi propio goce. Caí sobre su cuerpo, implacable, y sepulté en ella lo poco que quedaba de mi hombría. ¿Gritó, gritó? No lo sé. Lo único que recuerdo es su pielecita caliente y agitada, mis caninos en contacto con la

vena, la abundancia, el convenio con lo sagrado, la sangre, la sangre, significado y significante. La noche caía como mudo telón de fondo para nuestro amor. El tiempo, el de ella, se desvaneció en la muerte. El mío huyó aterrado ante el grave aviso de que, a partir de ese instante, yo era eterno. *(Adrián cruza los brazos sobre su pecho, como sujetando algo con impulso maternal)* Abracé el cuerpo inerte por mucho tiempo, hasta que los rituales de la noche me despertaron con sus alaridos sólo audibles para mí. *(Pausa. Adrián suelta los brazos y mira hacia el piso, como mirando el cuerpo de la niña)* Ahí estaba, un nuevo amor muerto, un nuevo amor frío, un nuevo amor destruido. Tan perfecta, tan niña, en aquel cadavérico estado que le había otorgado. Lentamente fui rasgando su carne hasta ver ante mí el cuadro maravilloso de sus órganos, tanto o más fascinantes que su exterior, más armónicamente dispuestos que la más perfecta de las construcciones de los hombres. Los extraje uno a uno, admirando sus conexiones, devorando sus exudaciones, palpando sus texturas. ¡No saben cuán hermosos son por dentro, estimados cadáveres! ¡Ese era, ese es mi oficio! ¡Soy el descubridor de la belleza, el buscador de la perfección! ¡Otorgo a diario a la humanidad la conciencia de sus propias posibilidades! *(Pausa, Adrián continúa un tanto agitado)* Huelga decir que los hombres me encontraron junto a esa desgarradora obra de arte, y me encerraron en una pequeña celda llena de humedad y ratas deliciosamente nutritivas. Entrené mis dientes en la dificultosa tarea de desgarrar la carne para encontrar las ardientes venas y su torrente lacerante. Esperé pacientemente las rutinas de la justicia humana, tan patéticas y chocantes, y finalmente permití que me condenaran a muerte. ¡Pero a una muerte de humano! ¡A una ridícula pared llena de agujeros a la que yo aportaría mi mímica de muerte! *(Ríe, y se desvanece hasta llegar al piso)*

Oscuro.

ESCENA 4

LA DANZA DE LAS MÁSCARAS

La música continúa con rapidez. Una luz cenital verde ilumina a Adrián, que continúa en el piso, boca arriba, con los brazos en cruz. Lentamente se ilumina también el músico. Adrián comienza a hablar lentamente, mientras gesticula en la misma posición, al ritmo de la música. Debe haber un marcado contraste entre la velocidad de los movimientos y lo cansino de la voz.

ADRIÁN

La naturaleza de las cosas… ¿Quién es el hombre cuando renuncia a su naturaleza? Un preso de la circunstancia, un deseo inacabado, un vacío deletéreo y mortal. Las llamas de un alma humana valen más que cien años viviendo de gratis. ¿Qué sentido tendría entonces el renunciar al fuego a cambio de una eternidad de frío? Judas vendió a cristo a cambio de muerte e infierno y le pareció muy simpático. Ya no más la duda; no tengo dudas. Las armas de los hombres son mil veces más poderosas que los colmillos de un vampiro. ¿No ves, Adrián, que estás a merced del olvido? ¿No ves que no hay nadie, no hay nada, sino vacío? La imperfección no puede ser más obvia, a pesar de lo perfecto que te encuentras. ¡Quien desee este sepulcro, que muera conmigo y se condene! No hay, no puede haber peor castigo para la soberbia que este derroche de muerte, de odio, de ser. No tengo amor, no tengo sexo, no tengo tiempo y no tengo prisa. No tengo nada que hacer. Nada que hacer…

Adrián deja de moverse, y la música se desliza hasta alcanzar un ritmo más sosegado. Adrián se arrastra entonces, lentamente, de espaldas, hasta el sepulcro, se monta en él y

llega hasta la cruz. Aún deslizándose, monta los brazos en los de la cruz y se deja colgar, parodiando una crucifixión.

ADRIÁN

Es la eternidad del amor, el egoísmo de quererlo todo para siempre, de aferrarse a las cosas como un esclavo poco inteligente se aferra a sus cadenas y a sus amos. ¡Declaro en mí la esclavitud y la redención postergada! ¡Soy humano en todo lo que tengo de inhumano! Vean en mis ojos el vacío de haberlo visto todo, vean en mis manos el vacío de conocer todas las texturas y de haberlas amado para luego olvidarlas. Y ellos me desean, me anhelan; las doncellas desearían que me encaramara en sus camas para sobarlas un poco *(saca de nuevo la lengua obscenamente)* y que luego les robara el aliento en un orgasmo, los hombres destilan gotas de angustia por no poder ganarle al tiempo; se han aburrido, se han aburrido, podrían ver mil estrellas gritar en luz ante su muerte, podrían presenciar el nacimiento de generaciones incontables y la perpetuación de la muerte, podrían ver más allá de la partícula más pequeña de vida y todo lo encontrarían aburrido. No hay nada más vacío que entenderlo todo, no hay peor ignorancia que la de poseer toda la ciencia. El niño se asusta ante la noche y se sonríe ante el sol; deberían sorprenderse ante cada segundo que pasa sobre ustedes, porque nunca habrá uno igual, ninguno podrá gozar de la misma naturaleza que su antecesor ni la de aquel que le seguirá; se los digo yo, que vivo en un único segundo para siempre. ¿Qué esperan de mí? ¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen! ¡No saben lo que buscan! Es natural, no pueden buscar nada; soy únicamente culpable por mí mismo, y mi pecado no podría aportar significado alguno para ellos. No puedo ser culpable por ellos; ni mi crimen es contra ellos, después de todo. Mi crimen es contra el crimen, mi pecado contra el pecado.

Adrián se deja caer de la cruz hasta quedar sobre el sepulcro. Luego se pone de bruces sobre él.

ADRIÁN *(acariciando el sepulcro)*

Madre, madre, he aquí a tu hijo; he aquí tu yerro disoluto. No voy a alimentarte y sin embargo en tu ausencia roes mi carne y dejas la cicatriz de tu lejanía. Anhelo volver a tu vientre, anhelo regresar al lugar donde no existe el tiempo. Un lugar distinto de esta muerte simulada. ¡Es la angustia, madre! ¡Es la angustia de la posibilidad! Podría entregarme a tus caricias y así sería libre, podría dejar de ser esclavo de la sangre, esclavo de las noches tenues, esclavo de esta eternidad ficticia donde todo es lo mismo hasta el infinito. Yacer en la muerte, yacer en la muerte. ¿Quién puede dudar entre aceptar la muerte o parodiar la vida? ¿Quién puede dudar entre ser eterno al morir o morir sin tregua al ser eterno? ¡Ellos, ellos! *(Pausa; la música se detiene unos instantes y vuelve con el diálogo)* ¿Qué esperan de mí estos fantasmas? ¿Qué esperanza pueden tener depositada en mí, cuando la única esperanza que tienen son ellos mismos? ¿Qué hay de mí que pueda ser tan deseable, cuando todo lo que deseo ellos lo poseen? ¡Ellos cagan, ríen, se matan, cogen, se masturban! ¿Qué desean de mí, si lo tienen todo?

La luz verde parpadea errática al ritmo de la música. Adrián se incorpora y baja del sepulcro; luego se para junto a éste y comienza a moverse al ritmo de la música, con movimientos cortos, caricaturescos, de pies y manos. Pasados unos segundos, mueve los brazos lentamente, pero sin caer en la cámara lenta. Lleva su mano hasta la quijada y se obliga a abrir la boca desmesuradamente, parodiando un gesto amenazador; hace lo mismo con su entrecejo, dejándolo con un gesto enfadado pero a la vez definitivamente paródico. Así, se acerca pausadamente hasta el público y oscila de un lado a otro, como mostrando triunfal

esa mímica desafortunada. Luego de unos instantes, se avalanza varias veces sobre el público, en distintas direcciones, encaramándose en las butacas, hasta llegar a un punto alejado del escenario. Toda esta mímica debe durar aproximadamente 2 o 3 minutos. Finalmente, la música se detiene abruptamente, y un seguidor rojo o nuevamente verde ilumina a Adrián, que ha quedado entre la audiencia.

ADRIÁN *(sin dejar la careta y con gestos grandilocuentes)*

¡Aquí está su deseo, aquí está su vampiro! ¡Vean lo que puede hacerles su anhelo de ser para siempre! ¡Sólo esto, sólo esto: no hay futuro, no hay pasado; soy lo vacío eternamente!

Oscuro subrepticio.

ESCENA 5

NIHIL OBSTAT

Vuelve la luz de seguidor, aunque ahora en un tono más claro, parecido al tono de la luz habitual del escenario. El músico se ilumina tenuemente en escena; entra música de guitarra, que recuerde el tema de inicio de la obra, aunque no igual necesariamente. Adrián se haya aún entre el público; su ánimo es ahora cansino nuevamente, y sólo tendrá ligeros arrebatos de furia cuando hable de sí mismo.

ADRIÁN

Fue… sólo un acto de voluntad. Desear ser algo, desear estar en algún lugar y de algún modo. Desearlo en verdad. Nunca hubo para mí un padre creador o algo parecido, y dudo que nunca lo haya habido para ninguno de mi especie, si es que hay alguno. Ese es un supuesto erróneo y burdo, pensar que todo en nosotros, incluso el error y lo absurdo, debe ser

inducido, externo a nosotros, como cuando el gran farsante puso en sus manos el primer muñeco rancio de barro y le dio el soplo divino. No, no fue así; nadie me obligó a ser lo que soy ni me dio opciones o clases particulares. Fue sólo el deseo de dejar de ser lo que son ustedes, sin saber que lo único que me estaba permitido ser era eso precisamente, o no ser nada en absoluto. Y eso es lo que soy; soy a pesar del tiempo y al margen del tiempo. Les veo pero no les entiendo, me veo pero no me siento, a pesar de sentirlo todo como jamás hombre en su sano juicio lo toleraría. Soy remoto aún para mí mismo. No hay nada en mí que no sea puro y perfecto y es por eso que soy inconcebiblemente grotesco. Dirán que me contradigo, y lo dirán con justicia: no sé lo que soy. Ahí es precisamente donde recae lo maravilloso de eso que ustedes aún tienen, la vida; si ponen un poco de atención se darán cuenta de que ustedes poseen un conocimiento al que ni la más angélica de las ciencias puede acceder; no importa cuántos libros se deshojen y cuántos sabios mueran en la búsqueda de ese conocimiento, nadie más que ustedes lo posee: el conocimiento de lo que es cada uno de ustedes. Yo abandoné ese conocimiento en el piso en el que morí por primera vez. Luego de esa muerte todo ha sido muerte.

Adrián comienza a desplazarse lentamente hacia la escena. El seguidor atenúa visiblemente su intensidad, a la vez que, a la izquierda del sepulcro, comienza a encenderse paulatinamente una luz que insinúa el alba.

ADRIÁN *(cada vez más cansado)*

Es eso todo lo que queda. Lo demoníaco es así, aburrido, vacío. Lo demoníaco no puede reconocer en sí mismo sino que no es nada. Estoy derrotado en todas mis victorias. *(Comienza a toser angustiosamente, como al inicio de la obra. De pronto parece como cargado de años, como viejo)* No he perdido mi alma, porque no recuerdo haber tenido alma al-

guna. No he perdido el tiempo porque el tiempo no existe cuando todo es presente, instante. Déjenme dormir. No hay nada ya en la noche que pueda defenderme. No hay nada en el día que no pueda matarme. Lo único que extraño del día es la sensación inefable de saber por dónde va a salir el sol. Hoy ya no recuerdo. A veces me imagino que el sol podría muy bien, un día, asomarse por en medio del cielo sin más motivo que el sorprenderme a mitad de mi carrera hacia mi hogar y matarme sin mayores contemplaciones. Pero no hace falta. Ahora voy a morir, a dormir. Es muy justo. Sólo así podría renovarse en mí la parodia, la impostura. No se nada de justicia y sin embargo reconozco la equidad en mi muerte de cada día. Dios se ha vuelto justo con sus hijos. No hay nada en mi hogar que no sea repulsivo en su olor a cadáver, en su aislamiento de tierra. Mi digestión es mala. Cada parte de mí es desperdicio. Es muy justo. Déjenme dormir. Mañana, mañana, mañana; palabra sin sinónimos, palabra que no existe para mí. Pero mañana, en ese mañana para ustedes que es mi hoy por siempre, despertaré de nuevo ufano y soberbio y poderoso. Hay fuego suficiente en mí como para vivir, pero no me atreveré. No me atreveré nunca, porque soy como ustedes. También me aferro, también me acobardo, también me creo imprescindible para el universo. Aférrense ustedes a su vida que yo lo haré con mi muerte. Es muy justo. Después de todo soy imprescindible. Nadie es prescindible, ni siquiera los que llegan a prescindir de sí mismos. Mañana, mañana, he de despertar. Adrián, sálvate, con una chingada, huye, Adrián. Déjenme dormir, cadáveres. Descancen de mí y vuelvan a su día, que ya mañana, en algún momento, cuando escuchen un ruido inexplicable en el techo de sus casas, cuando sus hijos, si los tienen, comiencen a morir, en algún momento, decía, se acordarán de mí. Y dirán no es cierto, mitos, calumnias, no es lógico *(ríe con desgana).* Gracias *(hace una reverencia fastuosa, pero doliente).* Es muy justo que ustedes no crean en mí cuando yo no

creo en ustedes. Dudemos en términos universales, dudemos de todo. Omitamos los terrores, no son necesarios; y ellos, además, ya sabrán llegar a nosotros, hacernos polvo, de alguna manera. Confiemos en la justicia.

Adrián llega hasta el sepulcro y se sienta en la orilla. Continúa tosiendo de vez en cuando. La luz del alba va haciéndose más intensa, más definitiva.

ADRIÁN *(cubriéndose los ojos ante la luminosidad)*

Se descorre el velo fastuoso. Odio todo lo que el sol revela, pero sólo porque no puedo poseerlo. Lo odio por egoismo. Lo odio por nostalgia. Lo odio porque quiero que regrese. Déjenme dormir. Todo esto es innecesario. ¿Porqué no vivir siempre en tinieblas, porqué no permitirnos un ocultamiento perpetuo? El pecado sólo existe a la luz del día. Sólo se puede ser culpable si se ha sido antes inocente. *(Ríe)* Yo no soy ni lo uno ni lo otro. La noche produce aberraciones; ¿porqué no ser siempre una aberración? ¿Porqué no tener miedo del miedo? Llamen a Dios y pídanle su consejo; pueden reírse a carcajadas. Nunca intenten morir si no piensan morirse en definitiva. Nada se opone a esta muerte, nada la obstruye; no hay vida que se rebele. No hay ninguna huida en esta muerte; sólo retorno, y retorno, y retorno. Véanme morir. Déjenme dormir. Déjenme dormir. Que la luz se haga. Que todo vuelva a mentir. Que todo sea vivido. Que todo vuelva a ser.

Adrián se quita lentamente el sombrero, se acuesta sobre el sepulcro y cierra los ojos. La luz se hace clara y definitiva. El músico continúa hasta finalizar su ejecución, mientras la luz que le circunda se apaga lentamente, vencida por la luz del día. Luego avanza hasta el sepulcro y lo cubre desde la base hasta la cruz. Finalmente abandona la escena, mientras se produce el ***Oscuro final****.*

8 de Abril.

Marzo - Abril, 1998.

México D.F.; México, país.

Contenido